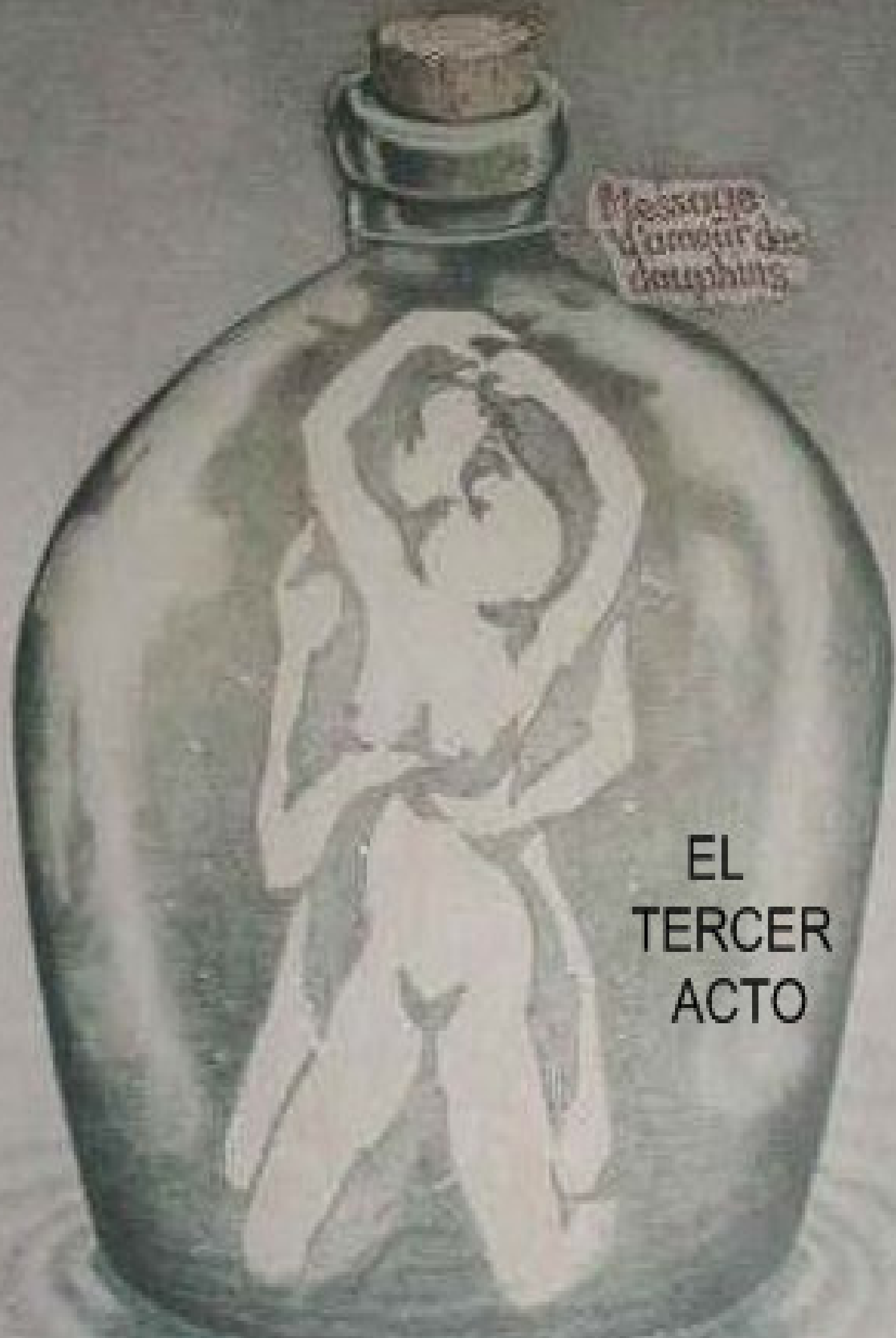


El tercer acto
de la obra de
Dostoyevski



EL
TERCER
ACTO

Acababa de llegar al teatro, tarde como siempre, con el coche mal aparcado – con multa incluida – y después de un día digno de olvidar... de esos que llaman de perros.

Para colmo llegaba totalmente empapado por culpa de la lluvia que llevaba cayendo desde hacía ya casi dos semanas. ¡Sin parar!

- Tengo una reserva a nombre de José Felices Ruíz – le dije a la joven que me miraba desde el interior de la cabina situada a la entrada del teatro.

La joven miró en el ordenador, bajando las gafas hasta la punta de su nariz, y después me miró a mí

- lo siento señor, pero no tenemos ninguna reserva a ese nombre

- no puede ser – le dije muy serio – la he hecho esta misma mañana

- pues lo siento mucho, pero aquí no hay nada a su nombre. Tendrá que sacar la entrada.

Tuve que pagarla. Otros treinta euros que se iban volando para no volver.

- ¿Le acompaño? – me preguntó amablemente el revisor al entrar en el teatro

- no hace falta. Me conozco este teatro bastante bien

- ya, pero es que hemos hecho obras

- no se preocupe, es igual.

Subí las escaleras de dos en dos. Mientras lo hacía podía escuchar la música y las voces de los actores representando la obra.

Al llegar al pasillo me encontré con la primera sorpresa. El pasillo por donde siempre había entrado estaba cerrado.

Había otros dos – nuevos ambos – y no supe por cual entrar.

Busqué una señal, un cartelito que me llevara hasta mi palco – el 21 A – pero no encontré ninguno, ni siquiera a nadie que pudiera ayudarme.

El olor a pintura me hizo comprender que aún no les había dado tiempo a colocar los carteles, y que las obras aún no estaban terminadas.

Me decidí por el pasillo de la izquierda. Si no recordaba mal era en esa dirección donde siempre caminaba, y tuve suerte porque, después de cuatro puertas, pude encontrar la mía.

Al entrar en el palco no vi nada – como siempre sucedía – y caminé a tientas, tropezando con alguna silla. Por suerte el palco estaba vacío.

Observando la escena me senté, apoyé mis codos en la barandilla, coloqué la barbilla sobre mis manos, y seguí el transcurso del primer acto.

Como supuse no era nada del otro mundo, y los actores tampoco.

Dos hombres estaban en un salón. Uno sentado en un sofá, el otro sirviendo unas copas mientras hablaban de sus mujeres.

La conversación no dejaba de ser aburrida, al igual que la misma puesta en escena, y no cambió durante todo el primer acto, y casi el segundo.

Esos dos tipos contaban sus vidas, sus anécdotas juveniles – aburridas y previsibles – pero todo cambió cuando uno de ellos desapareció de la escena y apareció una preciosa joven, que era la amante del actor principal.

- ¿Has dejado ya a tu mujer? – fue lo primero que le dijo al verle.

Estaban en una habitación muy bonita, con una amplia cama, una ventana que asomaba a la misma Gran Vía, y unas mesitas a juego con el cabecero de la cama.

La joven era preciosa, elegante y con un cuerpo digno de cualquier sueño. Iba vestida tan solo con un camisoncito rosa, casi abierto y mostrando un sujetador blanco incapaz de someter el peso y la envergadura de sus turgentes senos.

Sus piernas eran largas y estilizadas, y como no todo puede ser perfecto, era una horrorosa actriz.

Su gesto era el mismo si estaba melosa o enfadada, y sobreactuaba... quizás demasiado hasta para alguien tan bello.

La pareja discutía. Ambos se amaban, pero no eran felices.

Las piernas de esa mujer y, sobre todo, sus senos, hicieron que el tedio fuera menor.

Antes incluso de que acabara el segundo acto y llegara el descanso que allí siempre hacían para tomar un largo refrigerio, estirar las piernas, y fumar un cigarro, salí del palco para ir al baño.

La verdad es que no apremiaba, y pudiera haberme aguantado un poco, pero preferí ir antes de que saliera todo el mundo.

Además, Adela, que era el nombre de la amante, ya había desaparecido de la escena, y ahora el protagonista volvía a estar con un grupo de amigos en un bar.

De todos modos no me estaba perdiendo gran cosa– pensé mientras caminaba por el oscuro pasillo de paredes rojas y suelo enmoquetado del mismo color.

Los dos millones de euros que el ayuntamiento había invertido en el arreglo del teatro habían sido bien invertidos – pensé mientras caminaba por el elegante pasillo, recordando la vieja tapicería, rota y maloliente.

El baño no estaba donde recordaba y en la puerta que abrí me encontré con un gran vestuario repleto de trajes, colgados de perchas, colocadas sobre barras metálicas que formaban no menos de siete u ocho filas, como si fueran pequeñas y oscuras calles. Una sola luz rojiza, situada en una de las esquinas, iluminaba tenuemente la silenciosa habitación.

Tentado estuve de marcharme, pero, una vez más, venció mi incorregible curiosidad. Mirando a un lado y otro del pasillo, y comprobando que nadie me vería, me adentré en el vestuario cerrando la puerta.

Lentamente caminé por el pasillo central, acariciando con una mano los trajes brillantes y sus velos, y con la otra, los trajes masculinos.

Había de todo tipo. Había chaqués, trajes de corbata, trajes militares, romanos, viejas casacas, trajes árabes, chinos, de otras épocas... ¡Estaba entusiasmado!

Fue cuando cogí un chaqué de solapas brillantes cuando la puerta se abrió.

Rápidamente me escondí entre la multitud de capas, y observé desde la distancia.

¡Mira que eres tonto! – me dije, reprochándome mi insensatez.

Era una mujer, de largo pelo moreno, vestida con un elegante vestido blanco y unos tacones altísimos. A pesar de que no podía verla con claridad daba la impresión de ser una mujer elegante, de esas que llaman de alta cuna.

Con violencia echó el cerrojo de la puerta y caminó hasta el final del pasillo mientras cuchicheaba frases sin sentido.

Parecía que estuviera maldiciendo a alguien, y se le veía muy nerviosa.

No dejaba de decir frases en voz baja, casi susurrando, y con sus manos acariciaba sus caderas de forma nerviosa y extraña.

Aprovechando mi buen escondite la observé fijándome en esos largos tacones, que hacían mucho ruido al contacto con la madera del suelo.

Se detuvo al final del pasillo, frente a un espejo, se miró y empezó a arreglarse el pelo.

A través del espejo pude verla con claridad. Era una mujer bien guapa, con un lunar en el mentón derecho y con unos labios carnosos.

La mujer no dejaba de mirarse en el espejo, haciendo poses extrañas, mientras repetía frases sin sentido que no acertaba a comprender porque no podía oírlas con claridad desde mi escondite.

De repente, para mi sorpresa, esa mujer empezó a desabrochar los botones frontales de su vestido blanco, lo abrió y mostró a través del espejo un precioso cuerpo que me dejó atónito.

Esa mujer no llevaba ropa interior alguna bajo el vestido y mis ojos se clavaron en su perfecta y armoniosa desnudez.

Ella, ajena a mí y a todo, seguía hablando sola, y haciendo gestos forzados, como si estuviera actuando, mostrándome unos senos menudos y redondeados, un vientre plano y blanco, y un pubis de abundante pelo caoba.

Para mi sorpresa – y excitación – esa mujer comenzó a acariciar sus senos, y pude ver como su cara se transfiguraba por completo, dibujando la excitación que había en su cuerpo.

Esa mujer empezó a acariciar su cuerpo y yo no supe qué hacer, salvo mirarla absorto. Con una mano acariciaba sus senos, pasando suavemente sus dedos por la aureola de sus pequeños y rosados pezones, y con la otra acariciaba sus muslos blancos, acercándose a ese sexo que podía ver perfectamente a través del espejo.

Estaba excitadísima, y sus movimientos de cadera me hicieron salir un poco de mi escondite para poder verla mejor.

Ella me vio – o eso creí – y no reaccionó.

Sus ojos me miraban claramente, pero ella siguió con su exploración corporal, jadeando suavemente mientras seguía reproduciendo extrañas frases que no podía comprender.

Más excitado casi que ella salí de mi escondite y caminé oculto en la oscuridad para acercarme a ella.

Esa mujer estaba tan excitada que apenas si se percató de que yo estaba tras ella, a escasos centímetros de su cuerpo semidesnudo

Fue cuando mi mano se posó en su hombro cuando ella pareció darse cuenta al fin de que no estaba sola en ese vestuario que olía a ropa vieja, a detergente y a suavizante de lavanda.

- No temas – le dije, acariciando su cabello y besando su cuello, mientras ella seguía acariciando su entrepierna – no te voy a hacer ningún daño

- lo sé – dijo ella, doblando su cuello y recostando la cabeza sobre mi mano – te he visto entrar y por eso te he seguido

- ¿cómo te llamas? – le pregunté, grabando su cuerpo en mi memoria y posando mi mano sobre su caliente cadera. Al notar el contacto de mis dedos sobre su piel se estremeció

- ¿acaso mi nombre importa ahora, querido? – dijo, cerrando los ojos, y recibiendo mis besos en su cuello y mis caricias bajo su vientre duro y corvo

- ¿te sigo pareciendo hermosa, querido?

- ¿cómo? – pregunté extrañado mientras una de mis manos rodeaba su vientre y la otra se acercaba a uno de sus senos desnudos

- ¿crees que soy una mujer hermosa o ya te has cansado de mí?

- claro que eres hermosa – le dije besando su cuello ardiente - ¡hermosísima!

- pues hazme el amor como hacías antes. Y no pienses en ella...

- ¿qué? – pregunté algo extrañado por esas palabras que balbuceaba sin ningún sentido. Ella, bastante sumisa, no dejaba de mirarse y de mirarme a mí a través de ese espejo que teníamos enfrente, y yo, cada vez más excitado y valiente, fui avanzando en mi excursión por su menudo pero majestuoso cuerpo.

Poco a poco fui adentrándome en su suave y fino vestido, acariciando con fuerza y, casi, violencia, los prietos muslos de tanta lozanía y hermosura concentrada, hasta llegar a la hostería de su ardor.

Sentir todo su calor en mis manos, y presenciar su metamorfoseada cara, que parecía vivir sensaciones antes desconocidas, me hizo impacientarse, y rápidamente llegaron a mí desordenadas perturbaciones de mi propio ánimo.

Violentamente, ante los continuos suspiros pasivos de esa mujer capaz de enamorarme – como así estaba haciendo - casi arranqué los pocos botones de su vestido abierto, sin importarme lo que después sucediera.

No tardé en besar cada rincón de su cuerpo, mientras ella seguía repitiendo frases sin sentido que parecían dictadas por el efecto de la que parecía la más peligrosa de las drogas.

Ella no veía nada a través del espejo, no sabía siquiera que siguiera diciendo frases sin sentido, que nada tenían que ver conmigo ni con nuestra relación... Ella estaba en otro mundo paralelo mientras yo disfrutaba de ese.

Sus ojos sólo parecían mostrarme todo el placer que ese violento contacto estaba enviando a su mente, y el siguiente momento no pareció existir.

Sin mencionar una sola palabra alargué mi serpenteante mano sobre sus desnudas rodillas, y volvió a estremecerse al sentir el contacto.

Por fin los dos nos miramos. Ninguno dijo nada.

Mis dedos acariciaron sus huesudas rodillas mientras suspiraba y permanecía concentrada en lo que allí estaba pasando.

- Si de verdad alguna vez me has amado tendrás que elegir – me dijo

- ¿elegir? – pregunté, cada vez más extrañado - ¿elegir qué?

No contestó.

Casi sin darnos cuenta, debido sin duda a la pasión despertada por los muchos días de abstinencia, estábamos desnudos, el uno sobre el otro, recogiendo todos los gritos y gemidos que ya habíamos proferido en la búsqueda de nuestro propio placer.

El suelo estaba frío. A ninguno nos importó.

- ¿Es esta la forma que tienes de pagarme todo lo que he hecho por ti? – me preguntaba, o eso creía oír yo, que – la verdad – no prestaba mucha atención a sus palabras.

Yo estaba demasiado concentrado en ese cuerpo de mujer que volvía a disfrutar después de tanto tiempo, y con eso me bastaba. No había necesidad de más.

Había acudido al teatro, casi sin ganas, y estaba dentro del vestuario haciendo el amor con una auténtica amazona del placer.

Por sus ropas, que se veían caras y elegantes, pude imaginarla casada con un rico empresario, divorciada quizás... o mejor, viuda.

Tumbados el uno sobre el otro, volvimos a besarnos cálida y sensualmente mientras ella hacía de mi cuerpo un cómodo asiento mientras gemía acaloradamente.

- ¿Me amas? – me preguntó, llegando incluso a asustarme

- podría hacerlo, sin duda – bostecé observando su belleza singular

- ¿cómo puedes decirme eso mientras me haces el amor? ¿acaso esa otra mujer te da lo que yo no puedo?

- jamás – dije jadeante, conturbado y dichoso

- pues entonces, déjala. Hazlo por mí – me dijo de nuevo, mirándose en el espejo mientras peinaba su cabello y movía sus caderas circularmente, haciendo que nuestro baile se hiciera más intenso.

Esa mujer me desconcertaba. Por momentos parecía disfrutar de lo que allí estaba sucediendo y naciendo, pero había otros en los que parecía alejada de allí, como si no fuera consciente de lo que estaba haciendo, o con quién lo estaba haciendo.

Mientras observaba el dulce y ágil baile de su cuerpo sobre el mío parecía estar escuchando el grave sonido de campanas ondeando, arriba y abajo, a un lado y al otro, y su alargado sonido penetraba en mí mientras podía sentir toda la fuerza y la vitalidad del cuerpo que acariciaba, y que me hacía estremecer.

Yo estaba en una nube. Aún no podía creer lo que me estaba pasando porque era la primera vez que vivía una situación así, y porque parecía el pasaje de una de esas películas pornográficas que veía en mi juventud.

En cambio ella parecía tan tranquila que asustaba. Sin duda, esa no era su primera vez en una situación como esa.

Flotando entre olores a ropas viejas y lavadas, bailando un prohibido baile del que sólo yo conocía los pasos, la miraba emocionado mientras su cuerpo, que no su boca, profería incontrolables gritos de frenesí.

- No te alejes, no te alejes - gritaba su alma mientras la boca parecía sellada, y un insólito y estruendoso silencio se apoderaba de mi aún convulso cuerpo, al sentir cómo me iba retirando de su interior.

Acariciar toda la piel de su anatomía y sentir cómo se iba erizando al contacto de mi dedo, era como tocar el cielo, como saber que iba a vivir para siempre y que nadie podría arrebatarme nunca tanta felicidad.

A nadie podía envidiar mientras estuviera acariciando y contemplando esas exageradas curvas femeninas y escuchando tan enigmática y sensual voz que seguía profiriendo extraños comentarios alejados de la situación que ambos vivíamos.

En esos momentos me volvía a sentir poderoso, invencible, y sobre todo, plena y excesivamente vivo.

Extrañamente - pensaba mientras admiraba su reluciente cuerpo, aún tenso y sin relajarse - sentía envidia de la fuerza con la que yo mismo la había amado.

La conjunción física y espiritual que ambos habíamos creado me sirvió para dar una nueva oportunidad a la vida. Fue allí donde supe – por primera vez en mucho tiempo – que la vida siempre mantenía una puerta abierta, aunque las demás se cerraran.

Y ella era mi nueva puerta, la mujer a la que estaría dispuesto a amar a partir de ese momento.

- ¡Faltan cinco minutos para que de comienzo el tercer acto! – se escuchó por megafonía mientras ella se levantaba de mi lado.

- No te vayas aún – le dije, observando de nuevo su desnudez

- tengo que irme. Muchas gracias – me dijo

- ¿gracias? – pregunté contrariado - ¿te vas así, sin más?

- ¿y qué más quieres?... tengo que volver a mi sitio antes de que empiece el tercer acto

- ¿te espera tu marido?

- ¿mi marido? – preguntó sonriendo mientras abrochaba el último botón de su vestido y se arreglaba el pelo, mirándose al espejo – yo no tengo marido

- entonces no te vayas. De todos modos la obra es una mierda

- no digas eso – me dijo muy seria – además, aún no la has visto terminar. A lo mejor termina gustándote.

Entonces se alejó caminando por el pasillo rodeado de ropas.

A través del fino vestido pude sentir que ya la amaba, y que no tardaría en hacerla mía como ya lo había hecho antes.

Esa mujer había disfrutado tanto como yo, y entre nosotros había nacido una química especial...

Sí, me había enamorado de nuevo.

- Querido... si estás aquí conmigo es porque somos el uno para el otro... - dijo mientras se alejaba haciendo aspavientos, como intentando abrazar la nada que tenía delante – si es así es porque me amas. No te vuelvas a alejar de mí. No salgamos nunca de esta habitación

- ¡vale! – le grité emocionado, pero ella abrió la puerta, se marchó y me volvió a dejar desconcertado una vez más.

Rápidamente me vestí y salí del vestuario. Tenía que encontrarla y decirle que sí, que la amaba, que éramos el uno para el otro, que no me alejaría jamás de ella y que estaba dispuesto, incluso, a hacer vida en esa habitación como ella me había pedido.

Entré en mi palco, y ajeno a la obra, que ya había vuelto a empezar, la busqué entre la oscuridad del teatro.

Con ayuda de unos prismáticos la busqué fila por fila.

En la primera fila había una mujer hermosa, que casi creí que era ella, pero estaba equivocado.

Así, fila tras fila, mientras los actores continuaban con la obra, a pesar de mí.

Después de recorrer las caras de todas las mujeres sentadas en las treinta y dos filas del patio de butacas, empecé con los palcos situados frente al mío. Tampoco estaba allí.

Esa mujer había desaparecido... ¿Se habría marchado del teatro? ¿y cómo encontrarla ahora en una ciudad de más de tres millones de habitantes?.

Aun así seguí buscándola por entre los otros palcos, llegando incluso a sacar parte de mi cuerpo del mío, arriesgándome a caer.

De repente, algo me hizo detener en mi búsqueda... fue algo que escuché.

- Querido... si estás aquí conmigo es porque somos el uno para el otro...

Era su maravillosa voz que volvía a repetirme la misma frase de antes. Emocionado, alejé los prismáticos de mis ojos y volví a escucharla, repitiendo las frases que me dijo antes de salir de la habitación.

– Si es así es porque me amas. No te vuelvas a alejar de mí. No salgamos nunca de esta habitación

Era ella, pero esas palabras no iban dirigidas a mí, sino al actor que la acompañaba en el escenario.

Y bajo los focos pude verla con ese precioso vestido blanco que transparentaba parte de sus secretos ocultos, hablando al actor principal con ese mismo tono con el que lo había hecho momentos antes conmigo.

Ambos estaban sentados en la cama, y ella lloraba – muy mal, por cierto – mientras él miraba por la ventana fumando un cigarro.

- ¿Me amas? – le preguntó, como antes me lo había preguntado a mí, llegando incluso a asustarme

- no lo sé, querida – dijo él

- ¿cómo puedes decirme eso mientras me haces el amor? ¿acaso esa otra mujer te da lo que yo no puedo?

- querida...

- pues entonces, déjala. Hazlo por mí – me dijo de nuevo, mirándose en el espejo, recreando todas y cada una de las frases que había estado ensayando mientras hacía el amor conmigo.

Envidiaba todo lo bello que veía en ella, envidiaba su escasez de defectos, envidiaba los ojos que la miraban - aunque fueran los suyos -, envidiaba el amor que sentía por su trabajo, las ropas que vestía, envidiaba las sábanas que la acariciaban, envidiaba el agua que bebía, el aire que respiraba, los personajes de las novelas que leía... Todo y cuanto estuviera en contacto con ella, ya fuera material o inmaterial, era centro de mis envidias.

Deseaba - de ahí mi envidia - que sus ojos me miraran a mí como yo mismo la veía a ella... que todo y cuanto sentía al mirarla fuera recíproco, y que tuviera la misma necesidad que yo tenía de estar a cada instante con ella durante el resto de mi vida.

Y lloré de nuevo, y no le aplaudí como el resto cuando la obra terminó.

Y la recordé sobre mí, desnuda, y me emocioné sabiendo que algo tan maravilloso no podía sino haber sido el principio de algo mágico. Así tenía que ser.

Dos horas después del fin de la obra ella salió del teatro acompañada por los demás miembros de la compañía.

Seguía lloviendo, y al verme, se acercó.

Me dio un beso en la cara y me emocionó. Sus amigos me miraban sorprendidos.

- ¿Te vienes conmigo? – le pregunté, completamente empapado

- ¿a dónde?

- no sé... ¿a mi casa?

Lo peor no fue su negativa... lo peor fue su risa, esa que aún no puedo olvidar y que me sigue acompañando varios años después en esta fría sala llena de gente

- ¿acaso crees que siento algo por ti? – me preguntó

- ¿no es así?

- claro que no... no seas crío

- pero en el vestuario ha pasado algo mágico... algo...

- algo que necesitaba para calmar los nervios antes del estreno. ¿Acaso crees que eres el primero?

- no lo sé ¿no lo soy?

- no, querido... esa es la única manera que tengo de prepararme antes de una obra. Si no hago el amor mientras preparo el papel no puedo concentrarme

- ¿y por qué yo?

- cuestión de suerte... mi pareja no ha podido venir a tiempo. Muchas gracias por tu ayuda y adiós

- ¿adiós? – fue lo último que pensé antes de...

... ¿matarla?... ¿o encender un cigarro y marcharme con una sonrisa en los labios?
Tenía que encontrar un bar rápidamente... No me quedaba tabaco.

Josa 2010